

LA LEYENDA DE ESCRICHE

Óscar Bribián

Todo era blanco alrededor. Llegaron por la carretera a las inmediaciones de Corbalán. Provenían de Tortajada, más al norte, para iniciar el ataque sobre las posiciones enemigas. Pese al viento gélido de diciembre, en los camiones el hacinamiento contribuía a paliar las bajas temperaturas, tanto por la cercanía de otros cuerpos como por el calor que produce cantar desafinando entre compañeros de brigada.

Al despuntar el alba vieron a lo lejos las casas del municipio, arracimadas alrededor de la colina, y desde allí llegaron los primeros obuses como recibimiento.

Los que iban en los estribos, por mero acto reflejo, se dejaron caer a tierra tras escuchar las detonaciones, y sus cuerpos rodaron pesadamente en la nieve.

Los vehículos frenaron en seco y los sargentos, desde las cabinas, mandaron bajar a todos.

— ¡Bajad, me cagüen la hostia! — insistió un mando subiendo a la caja de uno de los camiones de la vanguardia y zurrando a los soldados más indecisos en la nuca con la palma de su mano.

De cada camión descendieron no menos de treinta hombres, agachando la cabeza instintivamente a cada impacto cercano de los obuses. Uno, dos, tres, cuatro... los disparos rasgaban el aire y cada detonación hacía estremecer los corazones. Los oficiales se desvivían por organizar a las compañías. En aquel paraje rodeado de helados campos de cultivo de cereal y grandes barrancos, el silencio solo lo rompían los cañonazos y los gritos desaforados de los mandos republicanos.

Antonio Torres, apodado cara de bronce por sus compañeros, fijó la vista en la colina e intentó descubrir la ubicación exacta del cañón, oculto probablemente tras una barrera de sacos o piedras. A su lado, el teniente usó los prismáticos y calculó que el obús se encontraba a no más de quinientos metros. Volvieron las descargas. El cañón tenía una cadencia rápida y efectiva. Antonio contó ocho disparos consecutivos hasta la quietud de la recarga, y los mensajes de plomo se hundían en la tierra con el mismo efecto para los hombres que el que ejerce el pico de un agricultor sobre un grupo desperdigado de hormigas. Eran un blanco fácil y les iba a costar mucho llegar hasta allí arriba.

Salvo por la actividad artillera, cualquiera habría dudado de la presencia de soldados nacionales en las mismas casas del pueblo. Pero los había. Tanto

soldados regulares como algunos aldeanos aguardaban detrás de los muros y esquinas desconchadas, sobre las tejas de arcilla en los tejados y tras las trincheras, con las culatas de los fusiles pegadas al hombro. No eran muchos, pero estaban bien aprovisionados de municiones y confiaban en su firme voluntad de resistir y en la ayuda que les prestaba el frío.

Las compañías del Ejército Popular confiaban también en su tesón y empezaron a avanzar con la dificultad que ofrecía la nieve. Llevaban sus uniformes remendados, las mantas enrolladas en bandoleras y los cinturones con escasa munición. Frente a ellos se veía la torre de la iglesia de San Pedro y las casas bajas de alrededor. Un paisaje de postal que pronto se enrojecería, pues algunas sombras se movían tras los muros de sacos terreros.

La mayoría de los atacantes siguió flanqueando el camino principal, el cual se intuía fácilmente bajo el manto blanco, descendiendo la suave pendiente que terminaba bifurcándose para rodear el centro del pueblo. Pequeños grupos se adelantaban para asegurar el terreno y registraban los dispersos corrales y graneros después de echar abajo sus portezuelas. Luego tomaban posiciones para apoyar a las compañías que avanzaban en línea recta, o intentaban rodear el pueblo para buscar otras alternativas de entrada.

No les separaban más de cien metros de las casas más avanzadas del pueblo cuando comenzaron los disparos de fusilería. Llegaban desde los tejados y las ventanas de los edificios de una o dos alturas. Eran tiros aislados que no parecían causar grandes estragos. Esto dio cierta confianza a los republicanos, que se expusieron un poco más, avanzando con mayor rapidez. Aun así caían los heridos al suelo, quejándose de disparos en el vientre o en la pierna, con la sangre y las fuerzas escapándoseles entre los dedos. En la vanguardia, un silbido rozó la oreja de Antonio, lo que le hizo agacharse instintivamente, y fue a impactar en la cabeza de un compañero. El hombre cayó de rodillas, aunque increíblemente seguía vivo mientras se palpaba aturdido el orificio del ojo reventado que le sangraba a borbotones.

Fue cuando estaban verdaderamente cerca cuando comenzó el tableteo de las ametralladoras. El aire se llenó de zumbidos y los hombres cayeron a montones. Pocos murieron en el acto. La mayoría de los heridos quedaron en el suelo, gritando de dolor y pidiendo auxilio a los que se replegaban. Algunos se rasgaron parte de sus camisas para practicar improvisados torniquetes en las extremidades de sus compañeros. Los camilleros traían vendas y botellitas de alcohol para las curas de urgencia.

Los oficiales ordenaron dispersarse. Después, tras varios minutos de vacilación, una granada de mano fue a caer en un nido de ametralladora y los ocupantes saltaron por los aires. Los disparos llegaban ahora de todas partes. Las balas eran mosquitos que fácilmente encontraban a sus víctimas y el avance parecía imposible. Hubo varias compañías que intentaron avanzar por sorpresa en múltiples flancos, pero todas ellas fueron repelidas sin encontrar un ángulo muerto por el que avanzar. El asalto había fracasado tras la primera

media hora y eso significaba que todo transcurriría a cámara lenta a partir de entonces. Los mandos ordenaron frenar el avance para estudiar otras opciones. Tendrían que coordinar mejor a sus hombres si querían tomar Corbalán antes del anochecer.

«¡Qué fácil resultaría si tuviésemos el apoyo de la aviación», pensó Antonio mientras permanecía oculto en una brecha en el terreno, con la mirada perdida en el cielo límpido. Una granada explotó cerca y pudo sentir el calor de la explosión. Las balas desmenuzaban los terrones de tierra a su lado.

—Trae pa cá el calor —masculló Matías, amigo y compañero de fatigas de Antonio desde que ambos hicieran juntos la instrucción en Ciudad Real. Hacía más de medio año de aquello y el envejecimiento prematuro se había cebado con ellos desde entonces.

Antonio cedió la cantimplora de coñac a su amigo, consciente de las miradas de recelo de los más próximos. Había que beber muy poco, apenas un sorbo, porque la noche sería muy dura si para entonces no habían tomado la villa. Cada cantimplora estaba asignada a ocho soldados, aunque era responsabilidad de Antonio, el más mayor de todos y en igualdad de rango, administrarla.

—Esos putos pájaros de metal nunca aparecen cuando se les necesita, y este puto frío de cojones nos va a matar a todos —añadió Matías carraspeando después de tragar el alcohol. Era delgado y su fino bigote ayudaba a distraer la atención de sus pobladas cejas.

Pájaros de metal. Así llamaba Matías a los aviones. Siempre decía que los cazas eran como halcones dorados a la luz del sol, y los bombarderos parecían palomas tirando excrementos una y otra vez. Antonio cara de bronce compartía la opinión de su amigo sobre la escasez de aviones. En realidad era una opinión generalizada. No había rastro de ellos desde que empezó la ofensiva en ese lado del país. Llevaban toda la maldita guerra pidiendo aviones pero sus apariciones eran demasiado esporádicas. Todavía peor era su efectividad. Pilotos demasiados jóvenes e inexpertos. «Solo los rusos traen buenos especialistas», había oído una vez decir al comandante Líster. Los soldados del Frente Popular estaban hartos de soportar los bombardeos enemigos en las ciudades. Sin embargo, cada vez que intentaban avanzar en aquella guerra, allí estaban los fieros nacionales, o los vanidosos italianos, o los eficientes alemanes con los aparatos más válidos.

—Oye, tú, ¿qué dicen esos? —preguntó Matías al soldado que ejercía de enlace entre los mandos y que en ese momento corría cerca de ellos para transmitir nuevas órdenes a quienes aguardaban en otros puntos alrededor del pueblo.

—Sabes que no puedo decirlo —replicó aquel mientras se alejaba.

—Con un batallón de tanques los freíamos rápido —masculló Matías.

—Solo vendrían si esto fuera imposible tomarlo por nuestra cuenta —contestó Antonio—. Sabes que hay otros destinos más importantes.

Había cuarenta mil soldados republicanos movilizados en un frente que cercaba los pueblos de los alrededores de la capital turolense. Pese a que el contingente disponía de unas ciento cuarenta piezas de artillería y tres batallones de tanques, aquellos terrenos abruptos eran para la infantería, encargada de evitar las troneras de los nidos de ametralladora e ir ganando terreno poco a poco. Los tanques rusos se destinaban realmente a la tarea de cortar la carretera de Zaragoza que aprovisionaba a Teruel y tomar posiciones en el suroeste para evitar ataques desde la provincia de Cuenca, al mismo tiempo que serían fundamentales para el asalto a la ciudad. Pero todos los soldados de la brigada procedentes de Tortajada anhelaban el apoyo pesado en aquella situación. Tomar aquel pueblo iba a costarles caro.

Al poco tiempo los mandos dieron la orden de avanzar por todos los flancos. Las ametralladoras reanudaron su nervioso repiqueteo y los “pacs” de los fusiles se hicieron incesantes.

Antonio y el grupo al que pertenecía avanzaron por la calle Barranco, que se bifurcaba ante ellos, y luego tomaron el desvío de la izquierda para alcanzar cuanto antes la plaza del pueblo, guiándose por la posición de la torre de la iglesia. En realidad avanzaban muy lentamente, dejando hondas huellas en la nieve mientras se protegían tras los muros de piedra arenisca de las casas y los tapiales de barro y paja. Desde lo alto de la colina seguía tronando la posición artillera y desde allí y los tejados era fácil hacer blanco sobre los atacantes. Pero los defensores, afortunadamente, no parecían muy numerosos. Dos maniobras envolventes y varias granadas de mano consiguieron eliminar a los tiradores de otras dos ametralladoras.

La población se erguía en lo alto de una loma, flanqueada por dos barrancos. Las calles se retorcían sinuosas y los hombres tuvieron que combatir calle por calle, superando la nieve y las pronunciadas pendientes y a los defensores apostados tras las esquinas y los tejados. Desde el campanario de la iglesia se escuchaban también disparos y tras los resquicios de algunas puertas y ventanas asomaban de cuando en cuando escopetas de caza.

De pronto, un obús impactó en la ermita de la colina y del techo saltaron por los aires muchos cascotes. Se oyeron vítores de parte de los atacantes.

— ¡Hostia! ¡Eso es otra cosa! — gritó Matías, celebrando el apoyo del mortero. Pese al retraso, las piezas de artillería republicanas inspiraban mayor confianza en el avance.

Llegaron hasta un punto donde la calle por la que transitaban quedaba bloqueada por un muro de sacos terreros. Tras estos se adivinaban los cautos movimientos de los nacionales. Antonio, Matías y otros cinco soldados se internaron en el zaguán de una casa cercana y tras comprobar que no había moradores decidieron parapetarse allí. Desde las ventanas podía apuntarse hacia los sacos terreros.

— ¡No os asustéis, rojillos! — se oyó decir a alguien desde detrás de los sacos.

HIJOS DEL HIELO

David Jasso

1

Todo fue culpa mía. Yo soy la única culpable. Los demás solo se dejaron llevar. Incluso Manuel. Y Eliseo. Sobre todo Eliseo. Pobre Eliseo. Si yo me hubiera comportado como una mujer decente, si hubiera seguido los preceptos de la Iglesia, si hubiera sabido moderar mis impulsos, nada de lo ocurrido hubiera tenido lugar.

Nos hubiésemos evitado lágrimas, dolor y pérdidas irreparables. Por supuesto yo no pude imaginar cómo acabaría todo. Ni remotamente. Los gritos, la sangre, el hielo... Claro que no pude imaginármelo. Claro que no. Si no, no hubiera hecho lo que hice. No hubiera apoyado a esos pobres niños necesitados de amor. Hubiera retirado la vista de sus rostros tristes, sucios de tierra y pena, les hubiera negado el abrazo y el consuelo. No habría peinado sus cabellos de brisa ni acariciado su piel de agua. De haber sabido lo que iba a pasar, hubiera partido sendero abajo para perderme en la noche, como un antiguo recuerdo; dejando todo atrás, la casa, el matrimonio, el amor, la vida... Ay, de haberlo sabido... de haberlo sabido...

Ahora miro por la ventana a la oscuridad, el viento convertido en fantasma silba entre las rocas y los matojos. Me asusta mi reflejo en el cristal, la imagen borrosa de una mujer que llora, no me había dado cuenta de que estuviera llorando. Fuera, unos niños juegan al escondite con la luna, su pálida luz no puede atraparles. Se esconden en el viento. Ríen.

En el origen de todo está la pena y la intención de ayudar. Dicen que el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones. Y de sueños sin cumplir, añadiría yo. Y de pequeños errores. Incluso de amor, brillantes piedrecitas afiladas con las que no te importa tropezar una y otra vez. El amor. Ese fue mi error, no poder acallar mis sentimientos, dejé que salieran al exterior hasta hacerme estremecer.

Siempre he sido una mujer buena y caritativa, siempre he intentado hacer de éste un mundo mejor. Todos en el pueblo conocen mi origen humilde.

La miseria me enseñó lo que era el hambre y lo que significaba esperar a la lluvia para poder recoger los frutos del pequeño huerto; me obligó a compartir con mis hermanos los pocos huevos de las ponedoras, a valorar el pan tierno cada quincena y el sabor de los melocotones hurtados a la carrera por varios niños en el huerto del terrateniente. Sé lo que es el invierno en esta tierra reseca, con ese viento que se cuela por rendijas invisibles y llena la casa de olor

a escarcha, ese frío que se aferra a la garganta y adormece hasta las ilusiones. Sé lo que es levantarse antes del amanecer y salir a faenar al campo con papá y mamá, volver con los dedos resquebrajados de recolectar almendras, la espalda dolorida de inclinarme en las vides y las piernas arañadas por los zarcillos de los ribazos.

Cuando me dejaba caer en el viejo colchón de lana que compartía con mi hermana, el cansancio me vencía y mis ojos se cerraban antes de que sus labios desearan buenas noches a mi mejilla. Sé lo que es salir a los foces para buscar carrasca para la lumbre y caminar kilómetros con el hatillo de leña a la espalda. Sé lo que es el hambre, el frío y la pena.

La pena. Esa pena que cada noche crepitaba en la chimenea, entre las cadieras y las viejas pieles de borreguillo ya peladas a corros. La pena que se ahogaba en el puchero de sopa aguada, entre cuatro trozos de verdura y el esqueleto reutilizado de una vieja clueca muerta de vieja. La pena que no se extinguía cuando soplábamos a la llama de las candelas al acostarnos todos en la misma habitación, entre resoplidos, pedos y roces disimulados. La pena que correteaba entre las sombras acompañando las rápidas carreras de los roedores sobre el suelo de tierra prensada. La pena. La misma que ahora, años después, atenaza el corazón de la mujer reflejada en la ventana.

La misma pena que sentí hace unos meses cuando el cuerpo de Candela descendía hacia las entrañas de la tierra. Mi corazón se estremeció al ver a sus hijos, el niño y la niña, abrazados muy juntitos sin entender muy bien qué le había sucedido a su madre. Lloraban quedamente, como si no se atrevieran a romper el silencio de la soleada mañana. Casi parecía inadecuado que el sol luciera con tanta fuerza en ese día en el que en los corazones llovían lágrimas.

Prácticamente todo el pueblo se encontraba en el cementerio. Manuel miraba el ataúd con expresión ausente, como si hubiera recibido un golpe en la cabeza y todavía no se hubiera recuperado. No miraba a otro lado. Solo a la madera que ocultaba el cuerpo de su mujer.

Cólico, dijo el doctor, es lo que siempre dicen cuando no saben qué decir. Cólico o fiebres, en realidad nunca saben cuál es la causa. En menos de dos semanas Candela se había apagado, solo había dejado el vano consuelo de haberse marchado rápido y sin sufrir demasiado. Una triste compensación incapaz de igualar la pérdida inesperada e irreversible. Ahora, Manuel se quedaba solo y al cargo de dos niños pequeños.

La muchacha era un encanto, una de esas muñecas de porcelana que venden en la capital, seis años de pura sonrisa; me recordaba a mi hermana pequeña cuando tenía su edad, cuando todavía me miraba con admiración y respeto porque yo era la única que le prestaba un poco de atención. El niño, un par de años menor, tenía cara de pícaro y mirada tímida; enamoraba a cualquiera. Allí estaban abrazados, desorientados, llorando. Ese fue el principio: los dos hermanos abrazados en el cementerio. El drama de la desaparición de su madre fue doloroso, pero los acontecimientos se

encargaron de convertirlo en una mera anécdota. El desencadenante de la tragedia que ocurrió poco después.

En ese instante, en los dominios de la muerte, no pude evitar deslizar la mano por mi vientre infértil, llevábamos años intentándolo, pero la semilla de Eliseo no arraigaba en mí. Un vientre yermo y vacío, que jamás ampararía vida. Una mujer incompleta. Y los niños lloraban, mientras su padre los acogía de forma descuidada, aturdido, sin poder retirar la vista de la caja de madera que ya se hundía en la tierra. Cuatro hombres la hacían descender ayudándose por gruesas sogas. Y el cabello enmarañado de la niña tenía el color del trigo al atardecer. Y el niño se sorbía los mocos sin demasiado éxito, se limpiaba con frecuencia en el dorso de la mano. Sí, el principio fue la pena.

Giré la cabeza hacia mi marido. Eliseo contemplaba la escena con cierto distanciamiento, me pareció que se podría calificar incluso de frialdad. Tomé su mano con afecto; se dejó hacer, correspondió con un imperceptible apretón. Sabía que él tenía sus propias preocupaciones, últimamente todo iba de mal en peor y luchaba por mantenernos a flote. Me acerqué a él y capté su conocido aroma, muy parecido al de mi padre cuando nos mandaba a la cama al término de la jornada. Olía a lumbre, sudor, madera y hombre.

— ¿Qué será ahora de ellos? — le dije al oído, tuve que hablar muy bajito, el silencio era completo. Podía oírse perfectamente el roce de las sogas contra las paredes de la fosa, el crujido de la madera al oscilar en su descenso, la respiración angustiada de los niños.

Eliseo me miró y subió los hombros en un gesto ambiguo. Quise creer que me decía que no lo sabía, no que no le importaba.

Me apretó de nuevo la mano. No, no lo sabía. Ssshhh, dijeron sus labios.

Si el viudo no podía retirar la vista del ataúd, yo no podía apartarla de los niños. El pequeño se separó de su hermana y se acercó medio paso hacia la fosa, estiró el cuello llevado por la curiosidad. Supe que se preguntaba por qué ponían a su madre en ese oscuro agujero. La niña lo atrajo hacia sí y le abrazó con fuerza. El chico seguía con el cuello estirado, pendiente del destino final de una madre que jamás volvería a estrecharle entre sus brazos.

Luego llegó el aterrador sonido de la tierra cayendo contra la madera. Paletadas de olvido incapaces de cubrir los recuerdos. En ese momento creí que se trataba del sonido más horrible posible. Algún tiempo después comprendí que aún había otro peor. El roce de uñas arañando hielo.

La comitiva regresaba al pueblo muy despacio, como si les costara abandonar allí atrás el cuerpo de Candela. A excepción de un par de pequeños carros en los que viajaban algunas personas mayores, todos volvíamos

andando, había un buen trecho que la pena convertía en aún más largo. Siempre cuesta recorrer el camino del cementerio, a veces incluso más, si es de regreso. Manuel caminaba por el sendero con un niño cogido en cada mano, escoltado por un pueblo silencioso, desafiando al discordante sol de media mañana. Eliseo, algunos otros y yo nos habíamos adelantado, los niños caminaban demasiado despacio.

—¿Qué será de los chicos? —volví a preguntarle a Eliseo, el aroma del tomillo pisoteado viajaba en el aire. En otras circunstancias hubiera resultado agradable pasear por esa suave loma.

Subió de nuevo los hombros.

—No sé —puso cara de circunstancias, la misma que ponía algunos años atrás cada vez que me llegaba la regla. Ahora ya hacía tiempo que no veía ese gesto, lo había admitido—. Manuel no es de aquí, es de Monegrillo, creo. Y ella tampoco era de Fuendetodos, por lo que no tienen aquí familia.

—Ya, ya sé. Por eso te lo preguntaba.

Suspiró resignado y montó el labio inferior sobre el superior.

—No sé, cariño. A lo mejor vuelve a su pueblo —con el siguiente paso dio una patadita a una piedra. El guijarro rodó un trecho sobre el polvo—. Hombre, los niños ya son mayores, pueden valerse por sí solos —chasqueó la lengua como si saboreara algo desagradable—. Sería una pena que Manuel tuviera que irse, es un buen trabajador.

Avanzó un par de pasos más mirando hacia el suelo, quizás buscando la piedra que había desplazado. Tragó saliva. Yo sabía en qué estaba pensando.

—De todas formas —continuó, cabizbajo—, tal y como va todo, ni siquiera sé si podré seguir pagándole el jornal mucho más tiempo. Lo más probable es que aproveche para marcharse.

Ante la idea de su partida sentí una punzada de pena, quiero creer que fue por los niños, pero recuerdo que la imagen que en esos momentos vino a mi mente fue el rostro de Manuel, esas facciones marcadas, la misma mirada pícara que poco antes había entrevisto en su hijo, y esa sonrisa amortiguada que solía mostrar, como si siempre estuviera esforzándose por reprimir un comentario jocoso. Sacudí la cabeza y me acerqué más a Eliseo

Fuimos de los primeros en llegar a la Culroya, casualmente quedaba de camino hacia el pueblo. Un par de empozadores habían venido junto a nosotros, hablando de sus cosas, probablemente del trabajo que les esperaba, habían perdido un buen rato con el entierro de la mujer de su compañero y ahora les tocaría recuperar ese tiempo. Se dirigieron a la pequeña puerta del neverón y aguardaron instrucciones de Eliseo.

—¿Voy a por el carro, patrón? —preguntó uno de ellos.

Eliseo le hizo un gesto con la mano para que aguardara. Fue junto a sus hombres. Yo le acompañé, siempre muy cerca. En estos duros momentos yo también era una más del equipo. Atrás quedaban los buenos tiempos de los

EL RAYO ROJO

Roberto Malo

Teruel existe, pero está muy lejos. Sin embargo, eso no impide que sus calles sean visitadas por gentes de todos los lugares... E incluso por seres de otros mundos.

1

Al acabar de cenar miré el reloj del salón: eran las once de la noche. Entonces sentí un leve estremecimiento, como si intuyera de alguna manera lo que me iba a suceder. Sin embargo, en ese momento no tuve tiempo de pensar nada demasiado coherente. Me tenía que ir a toda prisa; había quedado con mi amigo Miguel para echar una partida de ajedrez y ya llegaba tarde.

—Cristina, me voy pitando —le anuncié a mi mujer.

—¿Tardarás mucho en volver? —preguntó mientras se levantaba de la mesa.

—Depende de lo que dure la partida.

—Bueno, pues suerte, Sergio —dijo sonriendo con resignación—. A ver si le ganas de una vez.

—Gracias, hombre —gruñí. Nos besamos, le di una cariñosa palmada en el trasero y salí a la calle.

Hacía una noche preciosa; la luna era una fina línea blanca curvada y el cielo un manto negro con lunares centelleantes. Eché a andar por la calle de Yagüe de Salas y me vi reflejado en un charco. Lo pisé, y la imagen desapareció. No pasaba ni un coche y caminaban muy pocas personas. La ciudad parecía el decorado vacío de una película. Y, de pronto, ocurrió algo de película, de película de terror. Al entrar en la plaza del Torico, dejé de caminar fulminantemente. Una potente luz cegadora se precipitó verticalmente sobre mí. Así es, un rayo rojo me envolvió en cuestión de milésimas de segundo, dejándome paralizado de la impresión, completamente aterrado. Pensé en un primer momento que el rayo me habría desintegrado, pero no. Seguía igual. Del susto me había quedado momentáneamente sin respiración, pero estaba vivo. Sin comprender, palpé los bordes que me encerraban. No los podía atravesar; estaba como dentro de un tubo rojo de material desconocido. Y al instante, el envolvente rayo me levantó de golpe y ascendí a una velocidad vertiginosa, metros y metros y más metros, como si me encontrara en un

ascensor infinito. Los bordes del tubo eran rojos y totalmente opacos; no podía ver nada. Y casi sin darme ni cuenta, me alejaba de la Tierra aceleradamente.

Todo ocurrió muy deprisa. No pude reaccionar de ningún modo. Antes de que pudiera gritar, llorar o maldecir, se frenó mi subida de forma súbita. Se abrió el tubo rojo y salí instintivamente. El exterior era una extraña sala circular, fría y plateada, en la que había cuatro humanoides azules de unos tres metros de altura.

Me desmayé.

2

Cuando desperté, algo mareado, estaba tumbado en una especie de cama lisa y dura, bastante larga. No me podía mover. Seguramente, los humanoides me habrían inyectado algo. Ahora, dos de ellos manipulaban en mi cuerpo. Tal vez, estaban experimentando conmigo. Me sentía como un conejillo de indias. Ellos estaban desnudos y, de no ser por ser totalmente azules (hasta su pelo era azul) y medir unos tres metros, hubiera pensado que eran humanos.

No podía girar mi cabeza, y solo veía una porción de la habitación en la que me hallaba. Era toda plateada. Pero no era la habitación en la que me había desmayado. No sabía muy bien cómo, pero no era la misma. Algo me lo decía.

Y también algo me decía que estaba en el interior de una nave espacial. Bueno, eso lo hubiera adivinado hasta un chaval de cinco años. Aunque yo hubiera preferido que los extraterrestres azules hubieran secuestrado a un chaval de cinco años. No me merecía yo tal honor. ¿Qué había hecho yo para que me pasara algo así? ¿Por qué a mí?

Ajeno a mis pensamientos, uno de los humanoides tocaba mi pecho con un extraño instrumento. Al momento, el otro me quitó los zapatos. Luego, los calcetines, los pantalones, todo. Me quedé desnudo. Como ellos. Y ellos siguieron observando mi cuerpo. ¿Qué iban a hacer conmigo?

Poco a poco, empecé a recobrar la movilidad. Los humanoides se dieron cuenta y salieron de la habitación en silencio, llevándose mi ropa.

Conseguí mover el cuello y los dedos de los pies y de las manos. Era una sensación agradable. Sentía un singular cosquilleo en mis articulaciones. Al rato, me movía ya perfectamente. Salté de la cama y anduve por la habitación, cuya planta era un círculo de color metálico. Palpé la gran puerta rectangular, lisa como las paredes que la encuadraban, y me di cuenta de que no podía salir de ninguna manera. Estaba cerrada herméticamente. Bueno, eso ya me lo imaginaba. Me resigné, me tumbé en la cama e intenté descansar. Era lo único que podía hacer. Descansar y pensar.

3

Cuando estaba medio dormido, la puerta se abrió.

Entró una humanoide femenina. Iba completamente desnuda, como ellos. No era tan alta como los varones; solo mediría dos metros y medio. No sabría decir si era guapa o fea, ya que mi vista se perdía en sus senos.

Para indicar el tamaño de sus pechos solamente tengo que decir que, a pesar de medir dos metros y medio, estaba bien proporcionada y ni mucho menos delgada.

Se acercó. Yo estaba aterrado. ¿Qué haría conmigo?

Delicadamente, se tumbó encima de mí. Yo me podía perder entre su cuerpo. Me cogió el aparato, lo acarició diestramente y lo metió dentro de sí. No pude negarme, ni decir nada. Era demasiado para mí. Al momento, comenzó a mover todo su enorme cuerpo de una manera salvaje, animal. Cerré los ojos e intenté imaginar que hacía el amor con una humana.

4

La extraterrestre azul me dejó destrozado. Salió de la habitación esbozando una sonrisa y volví a quedarme solo.

Estaba muy cansado y me dormí.

5

Cuando desperté, tres humanoides varones me contemplaban. No sabía el tiempo que había estado dormido, pero me parecía mucho. Me entregaron mi ropa y me la empecé a poner. Me observaban atentamente, como si fuera un bicho raro. Por mi parte, yo les miraba con recelo. ¿Qué querían de mí? ¿Por qué me habían cogido? Y si querían experimentar y conocer a la raza humana, ¿también querían conocer su comportamiento sexual?

Me acabé de vestir. Entonces me acerqué un poco a ellos.

— ¿Me van a soltar? — pregunté —. ¿Entienden mi idioma?

Ellos empezaron a hablar entre ellos. Su lenguaje me sonaba a chino.

— No, claro, no me entienden — seguí diciendo.

Al quedarme callado, se pusieron a hacer unos gestos muy raros. Se tocaban la boca y me señalaban. Supuse que querían que siguiera hablando.

— ¿Queréis que hable? Bueno, os voy a contar algo. Yo — dije tocándome el pecho —, me llamo Sergio. Tengo treinta y cinco años y estoy casado desde hace seis años con una mujer llamada Cristina. No tenemos hijos, ella no puede tener.

Me callé; me sentía como un estúpido.

Los humanoides me indicaron que siguiera hablando.

Resoplé hondamente, y seguí con mi historia.

6

Les conté mi vida como quien se la cuenta a un perro. Sin embargo, después de estar hablando tranquilamente durante bastante rato, me puse muy nervioso. No sé bien qué me ocurrió. Se pasó por mi mente el tener que quedarme eternamente en la nave y me arrodillé a punto de romper a llorar:

—Por favor, soltadme. Devolvedme donde me cogisteis.

Se miraron entre ellos, extrañados, y salieron de la habitación, dejándome solo.

7

Había algo raro. Tenía la sensación de llevar mucho tiempo en la habitación y no tenía ni hambre ni sed. ¿Me habrían inyectado algo?

Andaba trazando círculos en la pequeña sala; no podía quedarme quieto. Tenía la certeza de estar en una nave espacial, pero, ¿se movería la nave? ¿Seguiría estando donde me recogieron?

Tenía en la mente mil cosas. Cristina, mis familiares, mis amigos y todos mis seres queridos venían a ella. Pero, sobre todo, algo se repetía en mi cerebro: ¿Qué harían ahora los extraterrestres conmigo?

Pronto lo iba a saber. Se abrió la puerta y entraron tres humanoides varones y dos hembras. Se plantaron delante de mí, mirándome. Yo estaba asustado, aterrado, aunque mi alocado inconsciente pensaba: “sentaos, como si estuvierais en vuestra casa”.

Pude distinguir de las dos hembras la que había tenido aquel “experimento” conmigo. Ella fue la que me empezó a hablar.

—Grabamos lo que usted nos dijo y hemos podido descifrarlo y aprender su idioma —dijo.

La miré con la boca abierta. Me estaba hablando en cristiano. Sí, en mi idioma, y perfectamente además.

—No nos resultó muy difícil —continuó ella—. Su lenguaje es muy sencillo. Ah, tengo que pedirle disculpas en nombre de todos mis compañeros por haberle traído a la fuerza, pero nos era necesario conocer su especie. Ahora, le devolveremos a su planeta, justo al sitio donde le recogimos.

Yo estaba de piedra.

Me indicaron que les siguiera y salimos de la habitación. Recorrimos un largo pasillo; mi vista fotografiaba todo lo que veía mentalmente. Todas las paredes eran plateadas, sin decoración ninguna. Parecían los decorados de una película de ciencia ficción de bajo presupuesto.

SEÑOR DEL MONCAYO

Fermín Moreno González

*De las cumbres del Moncayo
bajará el Cipotegato
con todica la solana
a comerse tus marranos.
Si lo vieras no te metas
no me seas insensato
que te sacará los ojos
y te cortará las manos.
Inesica vente al monte
a verte debajo el sayo,
no quiere la condenada
le tiene miedo al Moncayo.*

Jota del Cipotegato

Zaragoza, 12 de enero de 2020

Querida Eva:

Quiero pensar que algún día leerás esto, que mis cartas no irán a parar a la basura. Quiero pensar porque no tengo muchas más opciones y porque escribirte me mantiene vivo. Ya no hay muchas cosas que me den esperanza, desde que... bueno, ya sabes.

Se hace duro vivir solo. Me siento viejo; bueno, soy viejo. Va siendo hora de aceptarlo.

Me duele la espalda y mi vista ya no es lo que era. Demasiados libros, demasiados sueños de papel, demasiados exámenes corregidos.

El clima aquí ha cambiado de forma radical en tan solo unos pocos años. Quién lo hubiera dicho. También parece reírse de mí, expulsarme lenta e inexorablemente.

Sigo viviendo en Espoz y Mina, el piso es de renta antigua y eso es lo que me salva... apenas. Me echaron del colegio hace año y medio, en junio, aunque no me avisaron hasta septiembre. No es que hiciera nada mal, querían savia nueva, nada más. Alguien menos crítico con la Última Llamada. Eso yo no podía hacerlo.

Han sido casi treinta años allí, lo echo de menos. Nunca pudimos ahorrar mucho, por culpa de mis operaciones, así que estoy agotando el paro por primera vez. Qué ironía, tu madre siempre fue mucho más fuerte y mira... No sé cómo lo voy a hacer,

aún me faltan cinco años para la jubilación. Ni siquiera sé si llegaré a los setenta, a este paso.

De noviembre a marzo, el Ebro se desborda y llega hasta el principio de Predicadores, y hasta la Avenida de Ranillas por la margen izquierda. Desde casa puedo ver el agua anegando los bajos. Me he salvado por los pelos. La gente acude en peregrinación hasta el Pilar en barcazas de color blanco, muy bien cuidadas. Pagando un extra, se puede entrar en la catedral y recorrerla en la barca. Lo hice una vez, pero ya no puedo permitírmelo. El interior sigue siendo imponente, y verlo semiinundado le confiere de alguna forma una mayor majestuosidad. Lo malo es que todas las tiendas de recuerdos y restaurantes de la plaza han desaparecido, y los edificios en ruinas y el olor a alcantarilla afean mucho el paseo. Y las ratas de agua. Hasta serpientes he visto, enroscadas en los salientes del antiguo edificio del ayuntamiento por encima del agua. Recuerdo que la gente se quejó en su momento, pero está visto que tuvieron suerte al trasladarse.

Llevo ya unos meses tratando de ganarme el sustento en la calle, como cuentacuentos. Estoy en el tramo de la calle Alfonso que permanece seco todo el año, con el Pilar al fondo, así que apenas tengo que alejarme de casa. Me he hecho amigo de varios vendedores de falsificaciones: yo les enseño castellano y ellos me dicen dónde conseguir comida. Al principio se les hacía raro ver a alguien tan mayor buscándose la vida en la calle, pero solo al principio. Muchas veces acudimos juntos a comer a la parroquia de Nuestra Señora del Pilar, y al albergue municipal durante los meses en que las aguas no cubren la entrada. Es el único edificio de la zona de inundación en funcionamiento durante los meses secos. No sé lo que haremos si al final les da por cerrarlo.

He descubierto que tengo aptitudes para mi nuevo oficio. Yo que creía que solo servía para adormilar jóvenes administrándoles amablemente los clásicos por vía oral. Tampoco es que gane mucho, pero me he ido acostumbrando a ser espartano y a concentrarme dentro de mí mismo todo lo que puedo. A veces siento como si tuviera un exoesqueleto, como los insectos.

Recito de memoria poemas de Quevedo, Espronceda, el romancero viejo. Exprimo los textos del bueno de Bécquer, dándoles una pequeña vuelta de tuerca. Una concesión a los gustos del público. Buena parte de este parece creer que lo que cuento es verdad, y si creer eso los hace felices, no soy quién para contradecirles. Quizá no debería extrañarme. Oslo cubierta por glaciares, osos polares en Alemania, caribúes en los Alpes suizos, zorros blancos en el Pirineo. Vivimos en tiempo de leyendas.

¿Qué tal está Laurita? Tiene que estar ya muy crecida. Dile que su abuelo la quiere mucho, por favor.

Cuídate mucho y escíbeme.

Tu padre.

Antonio se despertó pronto. El frío y su columna cooperaban para tenerlo consciente cuanto antes, como si se tratase de algo personal. Envarado, incapaz de levantarse de inmediato, permaneció boca arriba sobre el colchón, como un Jesucristo perezoso.

Diez minutos más tarde, helado, a punto de castañetear los dientes, se alzó como pudo y se puso la bata sobre el pijama. Hizo algunos movimientos con el cuello y los brazos para entrar en calor. No se molestó en buscar en la cocina algo que no iba a encontrar. Seguro que Hassan tendría algo que darle para echarse a la boca.

Cogió su caballete y las grandes láminas pintadas con lápices de colores y bajó los dos tramos de escaleras hasta la calle entre gruñidos de dolor.

Tardó en darse cuenta de que se había dejado los mitones en el piso. No es que fueran gran cosa, pero iba a echarlos de menos. No podía arriesgarse a sufrir otro ataque de lumbago volviendo a subir y bajar los escalones; al menos no hasta que cayera la tarde y volviera a casa habiendo comido algo.

Dobló a la izquierda por la calle Alfonso y ocupó su lugar en la puerta de la academia de oposiciones. Era un buen sitio: llevaba cerrada dos años, por lo que no debía preocuparse de que le echaran de allí, y estaba justo enfrente de la Parroquia de Nuestra Señora del Pilar.

Aún no había nadie más, pero sus compañeros no tardarían en extender sus mantas de placebos para pobres.

No tardó en llegar Hassan, maldiciendo.

— ¡El cerdo! ¡No deja allí! ¡Yo no puedo allí dice!

Al dueño de La Parisiën no le gustaban los vendedores ambulantes en su entrada. Las ventas de mantones de Manila de cinco mil euros se resentían ante los bolsos Vuitton de doce con cincuenta. Hassan, sin embargo, seguía intentándolo con la obstinación del que no tiene nada que perder.

—No pasa nada, Hassan, seguro que aquí te compran también —le tranquilizó Antonio, mientras despliega su caballete con dedos ateridos.

Hassan refunfuñó, masculló algo en árabe, dejó su manta preñada en el suelo sin ceremonias y ayudó a Antonio con el caballete.

Al volante de la autocaravana, Bodgan piensa. De vez en cuando busca en el retrovisor derecho la enorme silueta del camión de mercancías que conduce Dorin. Las cosas en Barcelona les estaban yendo bien, hasta que intervinieron aquellos santones de la Última Llamada y tuvieron que irse por piernas hasta los vehículos. Y eso gracias a que las Hienas les habían dado tiempo. Dios abomina de los monstruos, les gritaban cuchillos en mano. Probablemente era así, se dijo Bodgan. Pero a la gente le gustaban. Siempre le habían gustado. Al menos desde que el viejo Dragosi era el jefe y él un chiquillo que robaba sorbos de vino cuando aquel se adormilaba. A la gente le gustaban las rarezas, le otorgaban una enorme, indescriptible sensación de orgullo que bien valía el precio de la entrada a la carpa y les ahorraba la visita a un psicólogo. Farsantes con sus chácharas sobre el desarrollo personal del individuo. Uno se realiza viendo a otros que están peor que él, mucho peor a poder ser. Unas orejas de soplillo se compensan viendo a un aborto de dos cabezas, se dijo. Al menos hasta la próxima visita del circo. Incluso los monstruos del Circo Bodgan

funcionaban así, estableciendo una rígida jerarquía destinada a sentirse mejor contemplando desde arriba al inmediatamente inferior. Así todo iba bien. Él hacía lo mismo con Ileana. A veces Bodgan se preguntaba cómo hacía el Engendro para sentirse mejor.

Decidió no probar suerte en Zaragoza e intentarlo en pueblos, donde la Última Llamada no tuviese tantos seguidores. Sin soltar el volante con la zurda, cogió el móvil del asiento del copiloto y llamó a Dorin.

En su estancia privada del monasterio de Veruela, sentado cómodamente en un sillón antiguo de cuero labrado, el Hierofante escuchaba con atención al Acólito, entre divertido y circunspecto.

—Os digo que los creyentes están incómodos con la retirada de los signos cristianos del refectorio, sumo Hierofante —informó el joven, volviendo la cabeza a uno y otro lado.

—Puedes dejar los formulismos del otro lado de esta puerta. Estamos solos, Carlos.

—Sí, sumo Hier...

—Jorge.

—Jorge...

—Ahora ve y tráeme lo que te he pedido.

El Acólito salió en dirección a los dormitorios, trastabillando.

Los fieles tenían que irse acostumbrando a la supresión de la iconografía cristiana, en la medida de lo posible, se dijo Jorge. Órdenes del mismísimo Cultrario Máximo desde la Sagrada Familia. Pronto tendrían más seguidores que el culto católico en la mitad norte de España. Pero el sincretismo de la Última Llamada solo funcionaría si lo contenían, lo enclaustraban, lo podaban y vigilaban con esmero, como un bonsái. Una vida pasada y un karma en plan budista para explicar la lastimera vida actual, un politeísmo estilo hinduista, hecho a medida, un cielo lujurioso para los hombres a lo musulmán, otro cielo etéreo para las mujeres, debidamente separadas de estos, y una vida espartana y entregada al culto para alcanzarlo todo. Daba igual que se tratara de un amasijo de contradicciones, estaba funcionando de maravilla. Con un sesenta y cinco por ciento de fracaso escolar en secundaria, el auge de los horóscopos, el hundimiento del sistema sanitario y la pobreza y desempleo reinantes, el terreno estaba abonado para cualquiera que se pusiera a sembrarlo.

Eva trataba de conciliar el sueño sin éxito en el dormitorio común femenino del monasterio. Cada día que pasaba, pensaba más en su ex esposo Alberto y en su hija Laura. En cómo los había abandonado en pos de la salvación de la Última Llamada. En que quizá no era digna de salvarse. Entonces recordaba las palabras amables de Nodens, su dios personal, el de todos los Tauro con ascendente Virgo, y se tranquilizaba un poco.

LOS SIGNOS DE CAÍN

José María Tamparillas

I

Los amaneceres en el pueblo son de un color apagado, gris: de una tonalidad traslúcida que no es capaz de ocultar la insulsa vida que las callejas supuran. Avanzado el otoño los pájaros enmudecen. Solo a veces se escucha el canto quedo, efímero, de un gorrión aterido. Es la época del silencio y de la pausa. Las tierras se dejan de trabajar. Se bastan ellas solas de momento. Es el latido del Maestrazgo eterno, un latido que, aunque algo apagado, es capaz de proteger con su abrazo fecundo a los brotes y las semillas que empiezan a surgir en la tierra que todos parecen querer olvidar.

El pueblo mira de soslayo a los montes lejanos que le quedan al este. Al oeste solo hay estepa, una estepa rabiosa, aguerrida, que pugna por recuperar los terrenos que la mano del hombre, las acequias, canales y sudor le han arrebatado. La carretera, una carretera comarcal, enredada en el terreno, lo atraviesa de lado a lado y luego sigue en dirección a ninguna parte, quizá con pocas ganas de llegar a la capital, quizá perdida en sí misma.

Han dado las siete en el reloj del ayuntamiento. Es un reloj viejo, uno de esos mecanismos enterrados en el tiempo, inmunes a él, testigo mudo de vidas y muertes, de idas y venidas, monocorde y obsesivo; es el testigo neutral que marca las pausas y los movimientos del pueblo. El sonido de la campana que tañe las horas se difumina en el aire gélido de la mañana, pierde parte de su sonoridad, como si la helada lo marchitara a él también. O quizá es su manera de mostrarse sorprendido ante el suceso que lo ha trastocado todo.

La roca.

...

Eran algunos los que entonces habían podido ver la gran piedra que se erguía en medio de la plaza. Bastantes, a decir verdad, casi todos. En el pueblo se madrugaba. No se entendía la vida de otra forma, daba igual que fuera verano o invierno; había sido siempre así, vivir para trabajar, sin

descanso, para extraer de una tierra dura el beneficio que permita seguir tirando para adelante.

Los primeros de entre los primeros habían tenido la oportunidad de abrir el camino, de generar las primeras reacciones, y así, en cierto modo, marcar el sentido del resto de comentarios. Escuchar sus expresiones, sus palabras, repetidas en boca de otros, les hacía henchirse con un remusguillo de orgullo.

— Es lo mismo que una columna grande y asimétrica — señaló la señora Luisa, sin saber muy bien qué era eso de asimétrica, una palabra que no entendía muy bien. Pero ella repetía con seguridad lo que el alcalde había dicho en un corrillo—, de unos dos o tres metros de alta.... Dicen que el secretario y el alcalde han sido los primeros en verla.

— ¿Y ya se sabe quién ha sido el que la ha puesto ahí, Luisa? — Preguntó Matías, el panadero, todavía apartando de sí las telarañas del sueño, y quizá por ello propenso al mal humor.

Era la segunda persona que le había venido con ese cuento de la piedra. Luisa no era persona dada a la fantasía, era simple, pero discreta. Así que podía ser que, después de todo, no fuera una tomadura de pelo; eso pensaba, sacudiéndose la harina del mandil que vestía

— Nacer no habrá nacido por generación espontánea, — al panadero, hombre algo leído, le gustaba usar palabras rebuscadas que sorprendieran a la clientela, así mantenía la fama de hombre instruido y con estudios hasta el bachiller.

— ¡Ay, Matías!, no lo sé. Yo no sé si eso se habrá *generao* él solito o qué. — la Luisa exacerbaba los gestos, no era capaz de mantener las manos quietas, daba igual que fuera cargada de bolsas, estas bailaban de acá para allá, amenazando con desfondarse en cualquier momento. Era una mujer vivaracha, nerviosa, siempre vestida de negro, abrazada a ese perenne luto, nacido del suma y sigue de acontecimientos luctuosos.

— Nada se genera solo, Luisa, nada. O lo ponen ahí, o... — no supo bien cómo seguir. La mujeruca lo miró con cierto descreimiento.

— Pues ahí está. Vete a verlo.

La mujer cogió, pagó las dos cañadas que se llevaba, y se marchó con paso cansino hacia la plaza, haciendo malabarismos con las bolsas, a ver qué otras noticias podía escuchar antes de ir a casa a hacer la comida. En la salida se cruzó en la puerta con su primo, Luciano. Venía con un azadón al hombro, aún manchado de tierra.

— Qué hay Luisilla. Buenos días — le dijo este con cierta socarronería, tocándose con la punta de la mano la gorrilla manchada con salpicaduras de barro, apartándose de forma exagerada para dejarle paso franco.

— Adiós — respondió ella secamente, sin mirarle, con la cara cruzada por una frialdad inquietante.

Luciano entró en la panadería y dejó el azadón en un rincón. Olió, empapándose del peculiar aroma de la harina, el pan recién hecho y la leña de encina. Era un olor que le agradaba y le hacía sentirse en paz; un olor así le reconciliaba con la vida aunque solo fuera durante un breve instante. De pequeño corría cada mañana a buscar el pan, solo para disfrutar de los aromas a harina, a leña, a levadura.

—Hola, Matías. Buen día..., de los calurosos —Luciano se las tenía de tipo simpático y ocurrente, aunque todos lo consideraban un poco soso.

—Algo frío, algo frío. —El panadero andaba apilando una remesa de hogazas recién sacadas del horno. Las manos, llenas de sabañones, le dolían de lo lindo, así que no tenía ganas de chistes —. Vienes de regar por lo que veo.

—Sí, del Regato de Arriba. Allá tengo unos esquejes en una huerta. —El hombre sacó un cigarro de un paquete arrugado, y ofreció otro al panadero, mientras este se sacudía la harina de las manos. Luego le hizo un guiño cómplice y le ofreció lumbre:

—¿Todavía sigue enfadada mi parienta? Hoy al menos me ha dicho adiós, que ya es algo, aunque haya sido con dientes de perro, como quien da una limosna a la fuerza.

Matías se irguió. Cada día le dolían más los huesos. Como todo en la vida, el esfuerzo, el exceso de trabajo, el sueño, se iban acumulando poco a poco, amontonándose en las articulaciones y, lo que era peor, en el espíritu, desintegrándolo con pequeños mordiscos. Miró de hito en hito a Luciano; no era un hombre del que se fiara. Realmente, el panadero no se fiaba de casi nadie, pero ese hombre manchado de barro de arriba a bajo excitaba esa sensación desde siempre, ya desde que jugaban en la plaza de críos, no importaba esa aparente franqueza, su humor socarrón. No envidiaba a la Luisa.

—¿Aún seguís con vuestros pleitos de lindes? —dijo, escupiendo una pajuela que se le había metido en la boca. Sabía que el tema era sensible. Luciano y la otra llevaban años machacándose a conciencia en los juzgados, en la plaza, en la iglesia, o donde fuera oportuno, a causa de unos mojones supuestamente movidos.

Luciano asintió. Chasqueó la lengua, parecía que se lo tomaba a risa, pero no era así. Ya eran dos interminables años de pleitos. Todo por unos terrenos familiares: un maldito manojito de tojos estériles que hacía de lindero, no se sabía si a favor o en contra de cualquiera de ellos.

Luciano se puso a trastear en un montón de hogazas, buscando una poco cocida que llevarse a casa. El panadero le caía mal. Era un estirado, buen tipo, pero aburrido y sota como él solo. Quizá, eso pensaba, era uno de esos que se ven mejores que los demás, pero se lo callan y disfrutan de esa visión de sí mismos en silencio, alimentando su desdén sin remedio.

— ¿Oye, Luciano, ¿tú te has enterado de algo raro hoy? — preguntó de repente Matías, acordándose de los comentarios que había escuchado de labios de sus anteriores clientes.

Luciano entrecerró los ojos. Era un hombre no muy alto, flaco, como casi todos los hombres del pueblo, con la piel dura y curtida por la intemperie.

— ¿Pasa algo?

— No sé, algunos que van diciendo que si en la plaza del pueblo hay una especie de piedra, pedrusco o no sé qué; una escultura de esas que ha aparecido de la noche a la mañana.

Lo de la escultura se le había ocurrido a él solito, una vez había estado en la Capital, un sitio demasiado grande, donde todo el mundo andaba aprisa, y allí había visto un par de monumentos, de esos, esparcidos en unos parques llenos de maleza y de zagales maleducados

— ¿Una piedra?

— Eso van diciendo.

Matías tosió. El humo del cigarro era fuerte, denso. Luciano tenía malos vicios, o al menos de poco gusto, la picadura le requemaba la garganta, pero se había acostumbrado a su paladar rasposo.

— Sé tanto como tú. Yo diría que menos, que no tengo ni pajolera idea, vaya. Ahora iré a ver — terminó por decir, tocado en el amor propio—. Anda, dame un par de barras de pan. Que le dije a la mujer que hoy me pasaría yo por ellas después de regar, y estas hogazas están muy hechas.

Matías ocultó una media sonrisa. Se frotó sus grandes manos, queriendo entrar en calor. La harina y el hollín del horno caían mezclados de ellas como improvisados copos cenicientos. Se sacó la colilla de la boca. Había en sus facciones algo de faunesco, un sutil regocijo cruel.

— Se me hacía ya raro; tu Isabel suele venir temprano — apuntó con bastante mala intención. Apuntó el tiro alto, pero tan certero como para que el pájaro se asustase.

— Nada — Luciano bajó la mirada algo apurado, casi se diría que avergonzado, sin saber qué hacer con sus manos callosas —, que esta noche anduvo todo el rato limpiando la casa de arriba a abajo. Ya sabes, estas mujeres cuando se emperran con algo lo mejor es dejarlas a su santo, no meterse en medio, si no uno sale mal parado; no paran, no... aunque luego terminen arguelladas y con la espalda torcida del dolor... Que si los riñones, que si mis huesos. Unas flojas, ya ves.

Hablaba deprisa, más aprisa de lo normal en él, como si quisiera pasar el trámite lo antes posible de una forma creíble.

Bien molidos a palos se los habrás dejado tú, cabrón. Pensó el panadero. Era cosa sabida, pero callada, que Luciano apaleaba noche sí, noche no a su mujer. No es que Matías estuviera en contra de calentarle a la parienta el pandero cuando le faltara el respeto a uno, pero la Isabel era mujer callada, humilde y trabajadora, no una gallina clueca resabiada. *La de anoche debió de*

TIERRA DE BRUJAS Y ENDEMONIADOS

Juan Ángel Laguna Edroso

Creo que fue en Canfranc cuando empecé a digerir la muerte de Soizik. La llamada de teléfono, el viaje a París, luego a Morbihan, el funeral, las conversaciones con Françoise Anne... todo resultaba tan irreal como la fantasmagórica silueta de la estación abandonada recortándose contra el anochecer. Me sentía como si estuviera atrapado en una de mis novelas, en una particularmente mal estructurada, donde los hechos se hubieran acumulado de mala manera sin dar espacio al lector para digerirlos. Aquella clara imagen del paso del tiempo, tan banal y tan impresionante al mismo tiempo, había funcionado como un macabro espejo de feria. Me había devuelto, de algún modo, la imagen de lo que había vivido esos últimos días, y, de repente, todo volvía a ser mundano, cruelmente tangible. *No se puede volver atrás, parecía decir. Las grandes estaciones se convierten en ruinas, y las personas se mueren. Ya no volverás a coger su mano. Ya no escucharás su risa, salvo en tus sueños. Incluso tu memoria será pasto del olvido, como ese edificio lo es de la carcoma, y al final no quedará sino un fino polvo nacido entre grietas.*

Por primera vez desde la llamada, el helor de una angustia inconmensurable se aferró a mi estómago. No tenía nada que ver con el vértigo que había sentido al oír la noticia, con la incapacidad para procesar palabras como "accidente" o "mortal". Había empezado a comprender, a vislumbrar el camino que se abría a partir de aquel punto, y sentí unas tremendas ganas de vomitar, o de gritar, o de llorar; había algo denso y pesado en mi alma que pugnaba por salir al exterior, y, aunque no sabía muy bien qué forma tendría, sí sabía lo que era. Deseé poder llevarme un cigarrillo a la boca, para no tener que pronunciar su nombre, para que no se me escapara un gemido, pero había dejado de fumar y no podía dejar a los pequeños ni cinco minutos para entrar en el bar.

Cinco minutos. *Solo cinco minutos, pensé, y me sentí pueril y frívolo. No necesitas ese cigarrillo, y ellos sí te necesitan a ti,* me martilleaba una voz en la cabeza, *cinco minutos y los cincuenta y cinco restantes.*

Posé la mirada en Morganne, que estaba en cuclillas junto a su hermano Erwan, y sentí cómo me inundaba una familiar ternura. Aunque no había cumplido todavía tres años (le quedaban unos días), se esforzaba por distraerlo contándole una historia incomprensible en la que mezclaba con su lengua de trapo las últimas cosas que había aprendido. El bebé era todo oídos

para aquel desatino, y lo celebraba con gorgoritos y balbuceos. Yann, por el contrario, se mantenía alejado de sus hermanos, en silencio. Sentado sobre su mochila, una pequeña bolsa roja de Rayo McQueen en la que guardaba sus juguetes y un libro para el viaje, miraba con ojos tristes el imponente edificio que, con su mole, ensombrecía aún más aquel crepúsculo. Yann tenía esa peculiaridad: con frecuencia parecía desamparado y, a pesar de su corta edad, solitario.

Me acerqué a su lado y me acuclillé para abrazarle. Mi llegada le sobresaltó, pero enseguida sus ojos me reconocieron y me sonrieron con ese deje melancólico que siempre han tenido.

— ¿Quién vive allí, papá? — me preguntó.

— Nadie, mi amor: es una estación de tren muy vieja, y lleva mucho tiempo abandonada.

— ¿Y antes vivía gente?

— Sí, supongo que alguien vivía. El guardavías, no sé.

— ¿Qué es el guardavías? — Su curiosidad no quedaría saciada con tres preguntas: tenía casi cinco años; para Soizik era muy importante que los hermanos no se llevaran muchos años, pues había sido una hija única que no había disfrutado de la soledad, así que ahora yo tenía un *pack* completo de bebés y semibebés dispersos entre las maletas.

— El señor que vigila la estación y las vías del tren por la noche — le contesté tras darle un beso en la melena. Olía a viaje, y todavía un poco a cachorrillo, al menos para mí.

— ¿Está muerto?

Esboqué una sonrisa cansada. Aquella pregunta era inevitable, incluso antes del accidente. No sé si ocurre lo mismo con todos los niños, pero con Yann era un tema recurrente desde que había empezado a hablar y a interesarse por su familia. Le resultaba de vital importancia saber quién estaba vivo y quién no, tanto como saber quién era cada uno y quién era su respectiva mamá. Parecía que la descripción nunca estuviera completa si no se añadía uno y otro adjetivo: vivo o muerto. Caballeros, piratas, guardavías, tíos, amigos de la familia, superhéroes, actores que venden detergentes en la televisión... todos tenían que estar vivos o muertos. Era una cuestión insoslayable.

— No lo sé, mi amor — le dije y, tras darle otro beso, me puse en pie. No tenía fuerzas para seguir con aquello, y el deseo de fumarme un cigarrillo volvía a atormentarme, aunque no tuviera los cinco minutos para ir a comprarme un paquete, o quizás precisamente por ello.

Justo entonces reclamó nuestra atención un claxon, y al ver la furgoneta del IFA casi me eché a llorar embargado por una intensa sensación que aunaba alivio, cansancio y tristeza. Reagrupé a mis pequeños bajo mis alas y, así

abrazados, vimos descender a mi tío Tomás del vehículo con una media sonrisa bailando en su barba.

— ¿Qué tal, Juancho? — Aquella voz era como volver a casa, y el tacto de su barba cuando nos dimos dos besos, una ventana abierta a mi infancia.

— Bien, tío. Un poco cansado.

— *Josplás*, ya puedes estarlo — exclamó en un pretendido tono jovial mientras abarcaba con la vista el equipaje que había dejado desperdigado por el suelo: una mochila de montaña llena a reventar, un maleta dura con ruedas, dos bolsas de deporte bien repletas, los bultos de los críos, una mochila de mano... No tenía más que una vaga idea de qué contenían; Françoise Anne se había encargado, como de costumbre, de mantener los pies en tierra mientras yo me permitía deambular por algún rincón sombrío—. Menos mal que he traído la furgoneta — bromeó.

Yann miraba con veneración aquella sonrisa franca, amplia, que tenía algo de corsario y algo de posadero. Morganne jugaba a ser tímida y se escondía tras mis piernas poniendo en peligro mi verticalidad. Erwan, beatífico, manoteaba sin saber muy bien qué pasaba, pero contento con la animación. Para ellos aquella aventura tenía connotaciones muy distintas a las que yo no podía perder de vista.

— Anda, vamos a cargar las maletas y ponemos a los chicos en sus sillas. Tu tía ha sacado del trastero las sillas de bebé de tus primas, así que irán bien sujetos.

Sonreí a duras penas y me puse a subir bultos a la furgoneta. Yann y Morganne estaban encantados con meterse en los asientos de atrás, que estaban ya en el cajón de carga, así que pude centrarme en la tarea mecánica de cargar peso. Mi tío Tomás, que siempre ha sido muy chiquero, estaba en su salsa poniéndoles los cinturones y ajustando las sillas.

A medida que echaba el equipaje en el cajón me di cuenta de hasta qué punto iba cargado. Los bultos estaban comiéndose todo el espacio, y eso que apenas había ya un par de cajas de cartón. Tenía suerte, sin duda, de contar con mis tíos; no sé cómo demonios hubiera podido, si no, cargar todo hasta Binara. Dudo mucho que hubiera entrado en el maletero de un taxi, y eso contando con que quisieran llevarme con los tres pequeños.

— He puesto las mochilas encima de las cajas — le informé al acomodarme en el asiento del copiloto—. Espero que no tengas que entregarlas de camino, porque habrá que sacar todo otra vez.

— No te preocupes: las cajas son también para vosotros — me respondió al tiempo que arrancaba y ponía rumbo valle abajo—. Pili os ha puesto comida, leche en polvo y biberones para Erwan y algo de ropa. No estábamos muy seguros de qué tendréis por Binara ni de qué traes, y como estáis sin coche...

— ¿Y el Panda de Adolfo?

Afuera, el paisaje se iba transformando en un teatrillo de sombras. Los árboles, en meras siluetas fantasmagóricas. La carretera, en una senda de luces fugaces y destellos repentinos cuando los faros acariciaban alguna señal.

—Quedó hecho polvo cuando el tío se empotró en la gasolinera —dijo— y lo llevamos directamente al desguace. ¿No te lo había contado tu madre? Se durmió al volante, por lo visto.

Un recuerdo vago cruzó mi mente, pero no conseguí fijar los detalles. Meneé la cabeza en silencio. Sentía la boca adormentada. El mero gesto de abrirla me daba pereza.

—No-no sé. Últimamente he hablado poco con ella.

—Bueno, ahora que has vuelto podréis hablar mucho más —añadió. Su mano me palmeó con afecto el muslo, y aquel gesto me recordó el modo de conducir de mi tío abuelo Adolfo: una mano sobre la pierna y la otra para el resto, aunque implicara soltar el volante para cambiar de marcha—. ¿Sabes cuándo va a subir? Tu madre... —completó la pregunta, quizás por mi expresión.

—No, no lo sé. De momento vamos a ver cómo nos instalamos. Estoy... bueno, no sé muy bien cómo... —La verdad, no tenía ni idea de lo que iba a decir. Aun así, mi tío parecía entenderlo todo sin necesidad de más explicaciones, y aquello, de algún modo, me reconfortaba.

—Es normal, Juancho. Poco a poco. Y ya sabes que nos tienes al lado para cualquier cosa, que desde Jaca nos plantamos en Binara en menos de media hora.

Con aquel ofrecimiento se nos acabaron las palabras. Yo no tenía muchas ganas de hablar, y Yann, por el contrario, desbordaba de preguntas, así que el resto del trayecto mi tío Tomás se dedicó a explicarle por qué no veíamos ningún jabalí aunque había algunos escondidos, cómo se llegaba hasta Binara a través de una sinuosa carretera que más parecía una pista de montaña, que iríamos a ver un monasterio escondido bajo una roca, que había un castillo algo más abajo, hacia Zaragoza, y mil cosas más que a mi chico le sonaban a aventuras maravillosas y a mí me traían un regusto a mi infancia que me llenaba de congoja. El tiempo parecía haberse escurrido sin que nos diéramos cuenta, y con apenas treinta años me sentía como si encarara el final de mi vida, pues ¿qué otra cosa podía encontrar tras aquella llamada y esta huida hacia ninguna parte?

Perdido en mi propia tristeza, apenas me di cuenta de cómo dejábamos atrás Jaca y enfilábamos el valle del Aragón. La silueta de Cuculo no tardó en perfilarse a la luz de la luna, y bajo su mirada solemne giramos para encarar la colina sobre la cual, como un poblado de tiempo remotos, se arracimaba Binara. Pasamos la caseta donde tío Adolfo guardaba algunos aperos y herramientas y, tras rebasar Casa Antón, emprendimos el ascenso de la